

## EL TAMAÑO IMPORTA

*- No Frijorio. Así no puedo. Cada vez que nos besamos quedo contracturada, dolorida o con un ojo colorado. Eres un caballero adorable, con tantas cualidades difíciles de encontrar hoy en día en los hombres... pero yo busco una pareja, no un trío. Lo siento Frijorio, perdóname.*

Con estas palabras se despidió Florieta, llenando a la nariz de tristeza, pues ya no volvería a olfatear esa piel de chocolate con notas de vainilla, coco y canela.

Frijorio había conocido a Florieta en el mercado central, mientras lo ayudaba a salir de una gran bolsa de arpillera llena de canela en rama. Fue en el tiempo en que su nariz comenzó a comandarle el cuerpo.

Para besar a su amada Frijorio debía disminuir su frecuencia respiratoria, de lo contrario su nariz absorbía todo el oxígeno y la dama caía desmayada. Esta técnica la había aprendido con los años, pues en su juventud había sido muy torpe con las mujeres. Aunque la naturaleza lo había dotado de un cuerpo atlético y atractivo, lo había castigado en igual medida con una nariz realmente monstruosa. Era a la vez triste y gracioso observar a un ser humano con una nariz tan grotesca y desproporcionada.

En su infancia, escondido en la cocina para no soportar las burlas de los demás niños, se dio cuenta de que era capaz de diferenciar el triple de olores que una persona corriente. Mientras su abuela cocinaba para los patrones, él ejercitaba su olfato. A medida que fue creciendo desarrolló el gusto por la cocina y preparaba platos exquisitos. Los patrones le pagaron la carrera de chef, trabajó en los restaurantes más prestigiosos de la ciudad, y a los cuarenta y cinco años se convirtió en el crítico más temido.

Frijorio disfrutaba de una vida profesional exitosa gracias a la cual conoció el mundo, de grandes compañías, pero en los días de descanso, en la soledad de su casa, la pena, la tristeza y el malbec lo embriagaban en una honda depresión. A veces preparaba deliciosos platos, lograba las combinaciones más exquisitas de sabores y aromas, pero no tenía con quien compartirlos. Lloraba Frijorio porque estaba solo en el mundo, su madre murió cuando él nació, su abuela murió de vieja, nunca conoció a su padre. Sólo era él y su nariz, que se llenaba de mocos por el llanto y se inflamaba poniéndose más colorada y desagradable.

Así vivió hasta que comenzó a usar Internet, a través del chat conoció mujeres solas, desesperadas; acercándose como un amigo que podía entenderlas, aconsejarlas, y descubrir sus deseos más profundos. Sus propios deseos también salieron a la luz, y mantuvo sexo cibernético con varias mujeres. Pocas veces pudo asistir a una cita, las dudas y el miedo lo

atormentaban. Y cualquier mujer que conocía, por más vieja o fea que fuera, corría despavorida al verlo acercarse.

Frijorio trabajaba cada vez menos, ya había ganado suficiente dinero para vivir tranquilo. Pero la nariz lo alejó del chat y lo regresó a la infancia. Se escondía bajo la mesada del restaurante recordando a su abuela, la única mujer que supo quererlo tal cual era. Sus empleados no sabían qué hacer, solamente fingían no verlo y seguían trabajando. En los atardeceres, Frijorio deambulaba por el parque absorbiendo el perfume de la primavera, revoloteando como una paloma. Varias veces, caminando por la ciudad, fue insultado y golpeado por alguna mujer a la que se le acercaba demasiado para olerle el perfume en las orejas, el cuello o el escote. Sus noches no eran tampoco felices, la mayoría de ellas intentaba distraerse con alguna película en la televisión pero la nariz tomaba el control y terminaba viendo el canal gourmet.

El Gran Chef no era conciente de estas acciones. Era un cuerpo dominado por una fuerza extraña. Así fue como una mañana lo vieron marchar hacia el mercado central en pijama y pantuflas para llenarse del aroma a frutas frescas. En el puesto de productos sueltos, la nariz con su fuerza inexplicable, lo impulsó hacia la bolsa de canela en rama. Florieta, la vendedora, lo ayudó a salir, cosa que le costó mucho porque la nariz quería quedarse. Finalmente el cerebro de Frijorio consiguió dominar la situación y al salir vio a una mujer madura, bella, que lo miraba con dulzura y gracia. Sonreía y sus dientes blancos contrastaban con la piel de chocolate.

La nariz, enojada, quería volver a la bolsa de canela, y el cerebro quería elaborar una palabra, una frase adecuada -como tantas que sabía- para la mujer. Pero en cambio se abalanzó a sus brazos y su escote, la nariz quería recorrerla toda. Florieta era una cubana que llevaba impregnado en la piel aroma a coco, vainilla, canela, chocolate.

Se despertó entre ellos una gran pasión.

Frijorio preparaba platos tropicales y Florieta los vendía en el mercado. Los demás puesteros se preguntaban qué le había visto la cubana al narigón.

Pero la pasión duró lo que dura la primavera. Florieta se cansó de la nariz entrometida y de Frijorio que volaba de un cajón de manzanas a otro de limones cuando no pasaba por el escote de otra mujer. La nariz tenía personalidad propia y Florieta no la soportaba.

*-Perdóname Frijorio, pero es ella o yo. Ya sé que no puedes amputarte la nariz, por eso me marcho.*

Frijorio vio cómo se alejaba contoneando las caderas. La nariz, sin demasiada pena, detectó a una vieja avinagrada y decidió saborearla un poco, para cambiar, ya estaba empalagada de todo el chocolate de Florieta.